

LOS CUENTOS
DE ELIAHU EL PROFETA



EDICIONES OBELISCO

ÍNDICE



Prólogo.....	5
--------------	---

los cuentos de eliahu el profeta

El don de la palabra.....	11
La dote	17
Rabí Nisim el egipcio	20
El borracho	25
El novio era un oso.....	28
Un hombre de fe.....	36
Los tres mendigos.....	40
El hospitalario Rabí Eliézer	56
Un préstamo de dos céntimos.....	59
El profeta Eliahu y el aguador.....	61
El pantano.....	64
Los discípulos del Baal Shem Tov	66
La historia del leñador	69
El avaro y el envidioso	71
Un hombre convertido en caballo	72
El sastre de Lublín.....	79
En la destilería.....	88
La plegaria del pastor.....	94
Un relato verídico	96
La copa del profeta	105
La botella de vino milagroso.....	112

Leib, la «criatura» de Dios	120
La pareja destinada	123
El gran Rabí Liber.....	137
Si Dios quiere.....	148
Por un sorbo de agua.....	151
La asombrosa historia del Santo Tzadik	154
De cómo el Besht fue socorrido	163
La sinagoga de los zapateros.....	165
 Cuentos de autor: Siete buenos años. I. L. Péretz	169
El profeta. Scholem Aleijem.....	175
El redentor. Falk Heilperin	181



PRÓLOGO



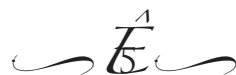
He aquí, yo os envío al profeta Elías, antes que venga el día de El Eterno, grande y terrible.

Mal aquías 4, 5

De acuerdo con el último de los profetas bíblicos, Malaquías, en uno de los últimos versículos de su libro, Elías –Eliahu– llegará para anunciarnos el advenimiento del Mesías «antes que venga el día de El Eterno, grande y terrible». Significa: Eliahu, además de tratarse de un profeta bíblico concreto, activo y presente en varios pasajes, también representa la posibilidad de superar todo tipo de obstáculos, ya sean «grandes o terribles», siempre dispuesto a ayudar a quien lo merece y luego... simplemente desaparecer.

Tal vez el profeta no desaparezca sino que lo que realmente desaparece es la capacidad de aprehenderlo después de que, tras superar «lo grande y terrible», regresemos a nuestra vida gris y predecible. Curioso: antes del aparente desastre crecemos, y tras superarlo, con la ayuda del profeta Elías, nos empequeñecemos.

«El día de El Eterno», en el plano temporal, se refiere al tiempo final en el cual la divinidad se revelará de modo contundente, y en el que todos comprenderemos lo extraviados que vivimos durante tantos años. Se trata de un tiempo en el cual la realidad se impondrá ante nosotros de modo insoslayable. Ya no podremos argumentar, excusarnos, o citar



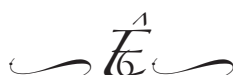
teorías ajenas o ideas propias. El juego sagrado de la vida, con las leyes conocidas por nosotros, habrá alcanzado su fin.

¿Y por qué precisamente el último de los profetas bíblicos elije éste como su último mensaje? Porque cada persona, a lo largo de su vida, atraviesa su propio «día de El Eterno» en el cual le parece que todo se encuentra a punto de derrumbarse y concluir. Se desespera, no hay salida, no existe escapatoria alguna. En muchos casos este día se presenta con la máscara de una dura enfermedad; en otros como el desamor y el abandono o como debacles económicas; y en otros como simple depresión o incapacidad para encontrar sentido a la vida. Entonces, en ese momento extremo, la realidad de la persona se oscurece por completo. Todo aspecto positivo y alentador se oculta ante sus ojos.

En hebreo, la palabra «mundo», *olam*, comparte raíz con la palabra *neelam*: «desaparecido, carente, faltante». Para quien no está verdaderamente despierto el mundo se le presenta como un sitio en el cual falta la divinidad. Dios se esconde del hombre. Pero el profeta Malaquías nos informa que a pesar de lo oscuro del mundo, el Mesías aguarda al final del camino para iluminarlo, cuando ya todo parezca imposible e insostenible.

El hombre moderno, desconfiado por naturaleza, se auto-define coherentemente como un ser «creyente» porque «creer es confiar en algo improbable». Para el hombre actual existe El Creador, pero lo ubica en los Cielos, allí lejos, bien lejos de su aparente libertad de hacer lo que quiera. Su fe no es más que una confianza pálida, un sentimiento que sólo sirve para los momentos de alegría y felicidad.

Eliahu representa la puerta de salida, la luz escondida, la última esperanza. Tal como la divinidad se oculta en todo lo existente y el Mesías redimirá a un mundo agonizante, tam-



bién el profeta Eliahu se presenta en los momentos críticos y de máxima desesperanza. Esos que se nos presentan como una oportunidad de crecimiento y en los que podemos contactar con el profeta milagroso.

Y nos enseña que lo principal siempre se encuentra guardado y escondido, y que la realidad que captan nuestros ojos no es más que la cáscara a marga del fruto más sabroso y dulce.

Qué se ría de nuestra realidad sin la esperanza, nuestra vida sin el misterio oculto, nuestra existencia sin el milagro y la maravilla.

Qué se ría de nosotros, hombres caídos, sin el profeta Eliahu.

Daniel ben Itzjak



LOS CUENTOS
DE ELIAHU EL PROFETA

EL DON DE LA PALABRA



Había una vez un hombre muy bueno y muy estudioso de las leyes de la Torá. Tenía tres hijos, también muy buenos chicos. Cuando sintió que se aproximaba la hora de su muerte, el padre los convocó y les dijo así:

—Queridos hijos, estoy a punto de morir y quiero expresar mi última voluntad: deseo ser enterrado en el bosquecillo de pinos que crece junto a la franja de arena dorada que hay justo a las afueras del pueblo. Y también es mi deseo que cada uno de vosotros venga exactamente un mes más tarde, a pasar una noche junto a mi sepultura.

Y así lo hicieron los jóvenes. El hombre murió y sus hijos cumplieron con su última voluntad.

El mayor fue el primero en ir a pasar la noche junto a la sepultura de su padre. Por la mañana, mientras iba andando por el camino de regreso a su casa, se encontró con un pequeño hombrecillo, muy pero que muy viejo, ¿y sabéis quién era?: el propio Eliahu, el profeta.

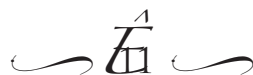
El viejecito le preguntó al muchacho:

—¿De dónde vienes, hijito?

El chico le respondió relatándole la que había sido la última voluntad de su padre y le explicó que venía de cumplirla.

Y el anciano volvió a inquirir:

—Si pudieras elegir, ¿qué preferirías, hijo, tener una tonelada de oro, la suerte siempre a tu favor o el don de la palabra?



El chico lo pensó un instante y respondió:

—De entre esas tres cosas, prefiero la tonelada de oro.

—Muy bien, la tendrás – anunció el profeta, y se marchó.

Después le tocó al hijo mediano del hombre fallecido ir a pasar la noche junto a la tumba de su padre.

Por la mañana, mientras iba andando por el camino de regreso a su casa, se encontró con un pequeño hombrecillo, muy pero que muy viejo. Ya sabéis quién era: Eliahu, el profeta.

Y éste le preguntó al joven:

—¿De dónde vienes, hijito?

Y el muchacho dio la misma respuesta que había dado el mayor de sus hermanos. A continuación, también a él le dijo el anciano:

—Si pudieras elegir, ¿qué preferirías, hijo, tener una tonelada de oro, la suerte siempre a tu favor o el don de la palabra?

—De entre esas tres cosas, prefiero tener la suerte a mi favor – respondió el chico, después de pensarlo durante un momento.

—Muy bien, eso es lo que tendrás – anunció el profeta, y se marchó.

Al tercer día fue el hijo menor quien pasó la noche junto a la sepultura de su padre. Por la mañana emprendió el regreso a casa y, al igual que antes les había sucedido a sus hermanos mayores, se encontró con el viejecito que, como ya sabemos, era Eliahu, el profeta, y que por supuesto también al tercer hijo le preguntó:

—¿De dónde vienes, hijito?

Y este joven relató lo mismo que los otros dos, tal como era de esperar.

Así como también a él le preguntó el anciano, en el caso de que pudiera escoger, qué prefería: tener una tonelada de oro, la suerte siempre a su favor o el don de la palabra.

Y el tercero de los hijos del fallecido respondió que prefería tener el don de la palabra, por lo que el anciano le anunció:

—Eso tendrás, el don de la palabra.

Pues bien, todo ocurrió tal como les había dicho el anciano. El hermano mayor recibió una tonelada de oro; el mediano consiguió tener buena suerte en todo lo que decidía emprender y le fue aun mejor, ya que todo le salía de maravilla.

Pero el menor no tenía nada y sus hermanos se burlaban de él:

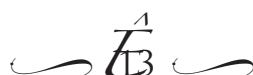
—¡Vaya tontería es ésta de tener el don de la palabra! ¡Eso lo tiene cualquier charlatán y vaya si habrá caraduras y pobretones entre los charlatanes!

El joven no respondía a sus burlas, pero se sentía dolido; tanto, que un buen día se cansó y se marchó a vagabundear por esos mundos.

Comenzó a andar y andando, andando llegó hasta un bosque. Allí se detuvo junto a un árbol enorme y mirando hacia lo más alto de su frondosa copa, dijo:

—¡Que este árbol caiga a tierra, enganche los faldones de mi levita y me conduzca al palacio real!

Y apenas dijo esas palabras, el árbol cayó a tierra y lo enganchó por los faldones de su levita y lo condujo al palacio real. Y al pasar por delante de la fachada del palacio, la hija del rey, que estaba asomada a una ventana, vio a un hombre detrás del cual se arrastraba un larguísimo tronco. Eso le pareció muy gracioso y se echó a reír, soltando una gran carcajada. ¿Y quién no se hubiera reído a carcajadas al ver a un hombre detrás del cual se arrastra un tronco?



Pero al joven que tenía el don de la palabra lo ofendieron las risas de la princesa. Y le dijo:

—¡Que se te llene de risa la barriga!

Y apenas dijo esas palabras, la princesa quedó embarazada y tuvo un niño: ¡un niño, sí!

Eso provocó todo tipo de murmuraciones y escandalosos comentarios en el reino entero.

¡No era para menos! La princesa real había tenido un niño y nadie sabía quién era su padre.

La situación se tornó tan crítica que el monarca convocó a los asesores reales para pedirles su consejo y resolvieron que cuando el niño cumpliera los dos años de edad, se celebraría un gran baile al que serían invitados todos los súbditos del reino. Y una vez que estuviesen todos reunidos en el palacio, se haría salir al niño, y el hombre al que la criatura se acercara, ése sería su progenitor.

Y así fue. Al cumplir el niño los dos años, el rey dio un gran baile, precedido por un succulento banquete. Cuando los invitados, sentados en las mesas, hubieron dado cuenta de los sabrosos manjares que se sirvieron, hicieron salir al niño. Pero el niño no manifestó interés por ninguno de los allí presentes ni se acercó a nadie.

Entonces empezaron a buscar a otros posibles padres. Cierta tarde entraron en la sinagoga, que también era Casa de Estudios, como es habitual, y encontraron junto a la chimenea a un hombre estudiando la Torá.

—Buen hombre —lo llamaron—, ven aquí.

Cuando el estudioso se acercó a ellos, le pidieron que se sentase junto a una mesa, le sirvieron comida y bebida y cuando hubo acabado de alimentarse, trajeron al hijo de la princesa y lo pusieron de pie en el centro de la mesa. De inmediato, el niño extendió sus bracitos hacia aquel hombre.

Eso provocó un gran tumulto entre los servidores del rey, que le preguntaron al hombre:

—¿Eres el padre de este niño?

—Sí —les respondió.

—Y según tu opinión, ¿qué castigo crees merecer por ello?

—Haced lo que queráis.

Entonces decidieron que cogerían a los tres —al padre, a la princesa y a la criatura— y los encerrarían en un arca, que luego depositarían sobre las aguas del río para que se fuera flotando.

Y así lo hicieron. Les dieron una hogaza de pan, los encerraron en el arca y luego la impulsaron hasta que se puso a flotar sobre las aguas, río abajo.

Al cabo de un rato, el joven que tenía el don de la palabra sintió hambre y empezó a comerse la hogaza de pan.

Al ver lo que hacía, la hija del rey le dijo:

—No vayas a comerte todo el pan, deja la mitad para mañana.

—Mañana habrá más pan —respondió él.

Y apenas lo dijo, aparecieron varias hogazas de pan.

Entonces la princesa exclamó:

—¡Si tienes un don como ése, ordena al arca que vaya flotando hacia una de las orillas del río!

Él aceptó y apenas lo dijo, la embarcación flotó hasta que llegaron a la orilla. La muchacha volvió a pedir:

—¡Dile al arca que se abra!

Una vez más cuando dijo aquellas palabras, fue obedecido: el arca se abrió.

Llena de entusiasmo, la princesa siguió pidiendo:

—Ya que también eso has conseguido, quiero que aparezca un puente de plata con barandillas de oro y que el puente sea tan largo como para que llegue hasta la casa de mi padre.

—¿Y quién es tu padre? —preguntó el joven.

—Mi padre es el rey.

De modo que él dijo lo que la muchacha le había pedido. Y en cuanto lo hizo, por supuesto que apareció un puente de plata, con barandillas de oro y el puente se extendió tan largamente como para llegar hasta el palacio real.

Y cuando hubo visto eso, la princesa pidió una vez más:

—Pues ya que también esto ha resultado, pide que venga una carroza dorada a la que estén enganchados cuatro pares de briosos caballos blancos que tiren de ella, para que entremos así en el palacio de mi padre.

Y así como hubo dicho esas palabras, apareció todo lo que ella pidió. La carroza que los llevaba por encima del puente, que iba extendiéndose a medida que sus ruedas lo iban pisando, penetró en el patio de carruajes del palacio real.

Al advertir su llegada, el rey salió y quedó deslumbrado por los destellos luminosos que lanzaban el puente de plata con sus barandillas de oro y la dorada carroza. Tanto lo sorprendió a aquel insólito suceso que, cuando vio a su hija sentada en la carroza, le preguntó:

—¿Qué es esto, quién lo ha hecho?

La princesa señaló al joven que tenía el don de la palabra.

Entonces el monarca, dirigiéndose al muchacho, dijo:

—¡Si en verdad es así, no eres el plebeyo vulgar que todos creíamos! ¡Te concedo la mitad de mi reino, para que vivas por siempre feliz con mi hija!

*Con gran alegría lo celebraron,
con aguardiente y vino todos brindaron.
Pero, ¡ay!, por sus barbas se resbalaron
y, al final, en ninguna boca entraron.*

LA DOTE



Había una vez un sabio muy justo y piadoso, que visitó cierta vez la casa del hombre más rico de su pueblo, para pedirle caridad. Y ese hombre le contó cómo fue que había conseguido hacer fortuna.

Dijo que muchos años atrás había viajado a una feria que se celebraba en la capital de la provincia, llevando consigo todo el dinero que tenía: cuatrocientos ducados de oro. No era una cantidad demasiado grande como para hacer muy buenos negocios; pero, en fin, pensaba que algo podría comprar y luego revender para obtener alguna ganancia.

Una vez en la feria, no muy lejos de donde él estaba mirando las diversas mercancías, súbitamente oyó a una mujer que lloraba amargamente.

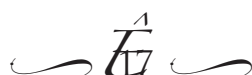
Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Por qué llora usted, buena señora? ¿Cuál es su problema?

Y la mujer le contestó:

—Mi única hija tiene que casarse hoy, pero antes he de reunir cuatrocientos ducados para su dote; en caso de que no los consiga, el enlace no se celebrará. Y lo cierto es que no tengo a nadie que me ayude y pueda prestarme esa suma de dinero.

—Entonces —continuó relatando el hombre rico— le regalé los cuatrocientos ducados que llevaba yo para comerciar y me quedé sin un céntimo.



De modo que me puse a andar de aquí para allí, recorriendo todo el mercado, un poco aturdido y rogando: «¡A ver si Dios Todopoderoso, bendito sea, se apiada y me envía su ayuda!».

De pronto me acerqué hasta el puesto de un hombre que comerciaba con diamantes y piedras preciosas muy caras; yo bien lo sabía porque he sido desde mi juventud experto en piedras finas y joyas de todo tipo. Al ver que observaba todo atentamente, el comerciante me preguntó:

—¿Por qué mira con tanto interés mi género? ¿Acaso es usted un entendido en diamantes y quiere comprar algunos?

—¡Claro que quisiera comprarle diamantes, sobre todo éstos! —le respondí, señalando algunas gemas muy valiosas—, pero el caso es que no tengo dinero.

A eso él me contestó:

—No se preocupe. Le voy a dejar todas esas piedras en sólo mil ducados de oro y si Dios quiere, la próxima vez que coincidamos en este mismo mercado, lo que ocurrirá el próximo año por estas fechas, me pagará. Tengo confianza en usted, sé que es un hombre honrado.

Acepté la mercancía, en su momento la vendí y gané muchísimo dinero en la transacción.

Cuando a su debido tiempo nos volvimos a encontrar en la feria, le pagué la deuda y una vez más se fío de mí y me dio mercancía por valor de varios miles de ducados de oro.

Y una vez más, cuando llegué al mercado al año siguiente, fui a buscarlo para cancelar mi deuda. Pero, por más que busqué, no conseguí hallarlo. Ni a él ni al puesto que habitualmente solía tener.

Empecé a preguntar a unos y a otros y a describir al comerciante. Ninguno parecía conocerlo. Fui entonces a ver a

mi rabino, puesto que tenía obligación de pagar la deuda y no conseguía saber nada de mi acreedor.

También se lo describí al rabino y él me preguntó qué había ocurrido antes de mi primer trato con aquellas piedras preciosas, cuando el hombre me había dado mercancía al fiado la primera vez.

Le expliqué que había pagado la dote de una novia que, de lo contrario, no hubiera podido casarse.

El rabino sonrió y me dijo:

—No busques más a tu acreedor. La caridad que hiciste con una muchacha casadera te valió el mérito de que se presentara ante ti el profeta Eliahu para compensarte con creces la ayuda que le brindaste a su madre cuando lloraba en su necesidad. Preferiste socorrerla a ella, arriesgando tu propio sustento y el de tu familia y eso se supo en el Cielo.

RABÍ NISIM EL EGIPCIO



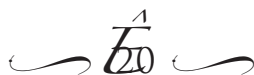
En la santa ciudad de Jerusalén vivía un rabino muy sabio y gran observante de todos los preceptos de la Ley de Moisés. Cada año, antes del Pésaj, iba a ver a todos los hombres ricos de la ciudad para pedirles que le dieran espigas de trigo para los necesitados e indigentes, para las viudas y los huérfanos y para los humildes estudiantes de la Torá que se alojaban en diversas Casas de Estudio y no tenían su propio hogar.

Luego, hacía moler el trigo y preparar los panes ázimos para la fiesta y los repartía entre todas aquellas personas que se ha mencionado.

En aquel entonces vivía en las afueras de Jerusalén un gran conocedor de las Sagradas Escrituras y, a la vez, un hombre terriblemente pobre, que jamás se quejaba de su precaria situación ni recurría a la ayuda de nadie. Algunos, muy pocos, que conocían las penalidades por las que pasaba, solían hacerle llegar comida o ropas sin desvelar quiénes eran, y el estudioso las tomaba, a fin de que los miembros de su familia no murieran de hambre y de frío.

Un año, cuando ya faltaba muy poco para la sagrada festividad pascual, el rabino que solía atender a los menesterosos como se ha relatado antes, olvidó completamente a esta persona y no le llevó los panes ázimos, ni ninguna otra cosa.

Tres o cuatro días antes del inicio del Pésaj, toda la familia del estudioso, su esposa, hijos, hijas, grandes y pequeños, se dirigieron a él y le hablaron así:



—Padre y sustentos nuestro, quizá no te hayas dado cuenta, pero la fiesta está ya a las puertas y nosotros, tu mujer y tus hijos, estamos descalzos y desnudos prácticamente, y ni siquiera tenemos harina para amasar el pan sin levadura que por precepto hemos de tomar en esta celebración.

Argumentaron largamente, volcaron la tristeza de sus corazones, hasta que estallaron en amargos llantos, derramando ríos de lágrimas. Al oírlos, el estudioso no lo pudo soportar más y rezó, implorándole a Dios que se compadeciera de su situación, de las terribles necesidades por las que pasaba su familia y que oyera sus ruegos.

Sus plegarias y sus lágrimas ascendieron hasta el Cielo.

El propio Dios sintió tanta aflicción que a punto estuvo de enviar un castigo a la ciudad de aquellas gentes tan poco compasivas, que eran incapaces de socorrer en su necesidad a un individuo tan bueno y piadoso como aquél.

Pero Eliahu el profeta se puso a rezar él mismo para aplacar la ira del Todopoderoso, y que fuera Él, bendito sea su sagrado nombre, quien se ocupara directamente de ayudar a tan necesitada familia. Y Dios lo escuchó.

Entre tanto, el sabio de condición tan humilde, se había quedado sin fuerzas de tanto implorar y llorar; pero, súbitamente sintió que algo o alguien le insuflaba energía y se marchó de su casa. Su idea era escapar de ella y de la ciudad, para no tener que contemplar cómo su mujer y sus hijos sucumbían por el hambre.

Apenas puso un pie en la calle, Eliahu el profeta se presentó ante él con el aspecto de un anciano canoso, que portaba un saco a la espalda y lo saludó deseándole la paz. A lo que el hombre le respondió cordialmente.

El profeta le dijo:



—Apreciado amigo, has de saber que soy un extranjero, recién llegado a la ciudad, y que quiero que me hospedes en tu hogar desde la primera noche hasta el último día de la fiesta. Mientras tanto me alojaré en otra parte. Como no soy persona que se sienta cómoda en casa de los más ricos, prefiero pasar el Pésaj junto a tu familia; y como además estoy en buena posición económica, quisiera que aceptaras algún dinero por los gastos extraordinarios que tendrás durante mi estancia en tu hogar.

A estas palabras, el sabio sólo respondió:

—Mi casa es tu casa y puedes pasar la fiesta junto a mí y mi familia. Pero no puedo aceptar el dinero que me ofreces.

Sin embargo, Eliahu insistió tanto que el hombre no tuvo más remedio que aceptar.

Se lo agradeció efusivamente y le dijo:

—Te ruego que me digas tu nombre y dónde estarás para que yo mismo pueda ir a buscarte y conducirte hasta mi casa en la noche del Pésaj.

El profeta contestó:

—Mi nombre es Rabí Nisim, el egipcio. —Y luego le dio las señas de una posada.

Se despidieron y de inmediato el estudiante volvió a su casa y relató a su familia, con mucha alegría, lo ocurrido. Le dijo a su esposa:

—Bendito sea Dios, que vio mi perentoria necesidad y me hizo llegar un poco de dinero a través de un noble anciano, que quiere compartir la fiesta con nosotros.

Después se dirigió al mercado y compró todo lo necesario para la celebración: comida, bebida y ropas nuevas para él y los suyos. Gastó sin pararse a pensar, pero en algún momento descubrió que por más que compraba y pagaba sus compras, el dinero que le había dado el anciano no mermaba.

De modo que se dijo: «Éste ha de ser un hombre bendecido por el Todopoderoso, ya que el dinero que me ha dado no parece acabarse nunca».

El día de la fiesta se bañó, se purificó, vistió sus ropas nuevas y fue en busca de su huésped, al sitio donde éste le había indicado que se alojaría. Pero por más que lo buscó hasta el cansancio y preguntó a unos y a otros, mencionando su nombre, nadie supo decirle dónde se hallaba ese extranjero. Ninguna de las personas a las que preguntó, y fueron muchas, conocía el nombre de Rabí Nisim, el egipcio. Todas le respondían que era la primera vez que lo oían mencionar.

Pero él siguió empeñado en hallarlo: buscó en cada patio, en cada esquina de la ciudad, describió al anciano ante todos con cuantos se topaba en su camino, pero sin resultado alguno.

Fue cuando ya hubieron trascurrido muchas horas que se le ocurrió pensar que el huésped que tenía previsto que viniera, no era un ser humano de carne y hueso, que acaso se trataba del mismísimo profeta Eliahu.

La noche del Pésaj, el rabino de la ciudad, al acabar la celebración se acostó y a punto estaba ya de dormirse cuando se presentó ante él Eliahu, bendita sea su memoria, lo tomó por el cuello como si quisiera ahogarlo, dejándolo sin respiración.

Poco más tarde, el profeta aflojó la mano, y el rabino pudo recuperar el aliento; sin embargo, Eliahu siguió sujetándole un brazo.

Asustado y tembloroso, el rabino empezó a rogar entre sollozos:

—¿Cuál ha sido mi pecado? ¿En qué he faltado a Dios para que hayas venido a quitarme la vida?

Y Eliahu le respondió:

—Has tomado la ayuda que te dieron los más ricos y la repartiste según tu criterio, sin acordarte del más necesitado y acaso el hombre más piadoso de la ciudad. Debes saber que sus ruegos y sus plegarias llegaron hasta las alturas y Dios mismo lo oyó y se enfadó por la falta de caridad que con él habéis tenido todos.

Entonces el rabino recordó al hombre, al gran estudioso indigente que mencionaba el profeta. Y éste continuó:

—Mañana debes levantarte al alba, ir a disculparte con ese hombre y su familia y pedirle que ruegue por ti y por todos los habitantes de la ciudad.

Y dicho esto, el profeta desapareció.

El rabino ya no pudo conciliar el sueño y, apenas despuntó el alba, fue a casa del estudioso y le relató lo que había dicho su visitante nocturno. Le pidió disculpas que le fueron concedidas de todo corazón.

Desde ese día en adelante se prestó más atención a los necesitados de Jerusalén.

¡Grande es la virtud de la caridad! Porque da vida a los que la necesidad pone al borde de la muerte. Y es debido al mérito de los que cumplen con ese precepto que llegará la redención.

Sobre todo, en días tan sagrados como los de la festividad pascual, cuando celebramos que Dios nos redimió y nos liberó del yugo de la esclavitud, a la que nos sometieron en Egipto, y nos mostró su poder y sus prodigios.

Que así ocurra también en nuestros días. ¡Amén!

EL BORRACHO



¿Será esto posible? ¿Que un gran justo y sabio maestro sea un borracho? Pues sí, entre las leyendas jasídicas hay una que cuenta que uno de los treinta y seis justos de cada generación, cuyas buenas acciones sostienen el mundo en pie, era un borrachín que vivió en los tiempos de Rabí Israel ben Eliézer, el «Besht». Pero éste sabía de su honra y de cómo en el Cielo se tomaban en cuenta los ruegos y plegarias del bebedor. Y de ello podemos extraer una moraleja: que no debemos juzgar a una persona por sus actos, simplemente, sino por la profundidad de su fe religiosa y el fervor que imprime a sus oraciones. Dios, bendito sea, todo lo ve y valora el esfuerzo del ser humano, su buena intención y sus honrados propósitos. ¡No juzguéis a nadie! Puede que no sepáis nunca las vicisitudes que en su alma alberga vuestro amigo o vecino. Así es como entre nosotros había un judío borracho. Y todos meneábamos la cabeza y pensábamos: «¡Es un pecador!, ¡un alma perdida!». Mientras que nuestro maestro, Rabí Baal Shem Tov sabía que era uno de los justos de nuestra generación.

La leyenda jasídica relata que en el tiempo en que vivió Baal Shem Tov, que su memoria sea bendita, hubo una gran sequía, quiera Dios que no nos pase una desgracia como aquélla ahora. Pasaban semanas y semanas y no caía ni una gota de lluvia; entonces fueron a pedir su ayuda, para que en su plegaria invocara la piedad del Todopoderoso. El maestro respondió:

—Debido a los pecados de esta generación, las puertas del Cielo se han cerrado. Pero puedo daros un consejo; escoged de entre vosotros unas cuantas personas de las más notables de la comunidad. Que ellas viajen hacia... —y les dijo cómo se llamaba la ciudad en cuestión— y allí encontrarán a una persona —y mencionó un nombre.

La delegación que había ido a ver al sabio escuchaba atentamente sus palabras y el Besht siguió diciendo:

—Si sois capaces de conseguir que la persona que os digo eleve su plegaria, seguro que Dios, bendito sea, escuchará sus ruegos y obtendremos ayuda.

Así lo hicieron. Los delegados fueron a la ciudad indicada y comenzaron a indagar dónde vivía la persona, cuyo nombre había mencionado Rabí Israel. Los lugareños estallaron en carcajadas al oír aquel nombre y les explicaron que estaban preguntando por un conocido borracho. Dijeron:

—Se levanta por la mañana, viste su manto de oración, se pone sus filacterias, y apenas termina de rezar, comienza a beber hasta que cae redondo al suelo de la borrachera. Y sigue borracho el día entero, por la noche y así cada día hasta el amanecer.

Los enviados se sintieron perplejos y bastante confusos ante lo que habían oído, pero igualmente fueron en busca del hombre. Llegaron a las primeras horas del día, precisamente cuando estaba vistiendo su manto de oración y poniéndose las filacterias. Le oyeron rezar con intenso fervor y poniendo toda su alma en cada palabra.

Apenas se quitó las filacterias, se apresuraron a acercársele, sin dejar que probara ni una gota de alcohol y le pidieron que les prometiera que rezaría por el problema de la sequía que los aquejaba. Tanto insistieron que el hombre finalmente accedió y dijo en voz baja:

—¡Señor del Universo! Tu pueblo está muy necesitado de lluvia, ¡envíales una lluvia de suerte y bendiciones!

Y en cuanto terminó de decir estas palabras, los cielos se cubrieron de nubes y empezó a caer la bendita lluvia.

Cuando la comitiva de notables regresó, fueron a ver al Baal Shem Tov y le preguntaron:

—Rabí, ¿podría usted decirnos dónde reside la virtud del borracho y de dónde procede el poder de su plegaria?

Y Rabí Israel les respondió:

—El borracho fue un gran justo, pero había un precepto con el que no cumplía correctamente. Solía recitar las plegarias antes de vestir su manto de oración y ponerse las filacterias. Cuando murió y llegó ante el Santo Tribunal del Cielo, éste le impuso que su alma volviera a la Tierra para corregir ese fallo. Y el justo rompió a llorar, diciendo: «¡Quién sabe si esta vez no incurriré en alguna otra falta!».

Entonces, Eliahu el profeta, conociendo sus méritos, intercedió en su favor y se le ordenó que apenas terminara de rezar como es debido las oraciones matinales, se emborrachara hasta caer dormido y así siguiera hasta la mañana siguiente, para que no tuviera ninguna oportunidad de cometer otro pecado.

